

CIRLOT
SER Y NO SER DE UN POETA ÚNICO

PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2016

CIRLOT

SER Y NO SER
DE UN POETA ÚNICO

ANTONIO RIVERO
TARAVILLO

f)L Fundación José Manuel Lara

Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2016
convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 7 de marzo de 2016:
Antonio Cáceres, Jacobo Cortines Torres, Ignacio F. Garmendia, Alberto González Troyano,
Joaquín Pérez Azaústre, Nativel Preciado y Rafael Valencia

Fundación | Cajasol

Primera edición: mayo, 2016

© Antonio Rivero Taravillo, 2016
© Fundación José Manuel Lara, 2016
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y maquetación: milhojas. servicios editoriales
Fotografía de cubierta: Juan Eduardo Cirlot en La Rambla de Barcelona, 1945
(Fundación Carlos Edmundo de Ory)
Imágenes de interiores: Lourdes y Victoria Cirlot, Museu Nacional d'Art de Catalunya, Museu d'Art
Contemporani de Barcelona, Fundación Carlos Edmundo de Ory, archivos y colecciones particulares

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 759-2016
ISBN: 978-84-15673-23-1

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.	11
CAPÍTULO I. LA FORJA DE UNA ESPADA	17
CAPÍTULO II. ZARAGOZA.	31
CAPÍTULO III. REGRESO A BARCELONA	37
CAPÍTULO IV. PRIMERAS PUBLICACIONES.	45
CAPÍTULO V. GRUPOS Y REVISTAS	63
CAPÍTULO VI. <i>VITA NUOVA</i>	73
CAPÍTULO VII. INICIACIÓN EN EL SIMBOLISMO	93
CAPÍTULO VIII. EL CRÍTICO DE ARTE	97
CAPÍTULO IX. SOLO	119
CAPÍTULO X. UN SILENCIO POÉTICO.	135
CAPÍTULO XI. LA LLEGADA DE BRONWYN.	157
CAPÍTULO XII. EL MITO IMPERA.	163
CAPÍTULO XIII. LENGUAS DE FUEGO ANTIGUO	185
CAPÍTULO XIV. LA TENTACIÓN DE LA TRAICIÓN	199

CAPÍTULO XV. ÁNGELES Y DONCELLAS	219
CAPÍTULO XVI. ÚLTIMAS NOTICIAS DEL AMOR	237
CAPÍTULO XVII. FINAL.	261
EPÍLOGO	283
ALGUNAS REFERENCIAS ESCOGIDAS.	289
OBRAS DE JUAN EDUARDO CIRLOT	295
AGRADECIMIENTOS	297

*Para Teresa,
quien me ha acompañado a lo largo de los años
–que a su lado me han parecido días–
de maduración de este libro.*

INTRODUCCIÓN

«Sólo se habla de los fracasados; el mundo se divide en dos categorías de hombres: los fracasados y los *desconocidos*». Esto, que por supuesto es una hipérbole, lo dijo Francis Picabia acerca de la pintura. Sin embargo viene muy a propósito en el caso del poeta español Juan Eduardo Cirlot.

Hasta muchos años después de su muerte, Cirlot siguió siendo prácticamente un desconocido, se diría que su poesía no existía, cuando es en realidad una obra excepcional. Luego, en años recientes esto se ha ido subsanando gracias al empeño de sus hijas Lourdes y Victoria (en el terreno de las publicaciones sobre arte la primera, catedrática de historia del arte; y en el de sus obras de creación, la segunda, también catedrática de filología románica que ha preparado ediciones de su poesía y de sus artículos literarios). Cualquiera que hoy lea su obra por primera vez tiene garantizada la sorpresa, cuando no el deslumbramiento.

Como el protagonista de la obra de Hermann Hesse, Cirlot fue un auténtico lobo estepario en nuestras letras. Sus temas son insólitos, así como el tratamiento que les da y su lenguaje. Pero, ¿en qué consisten su diferencia y su originalidad? Ahora, cuando se cumple un siglo de su nacimiento es buen momento de intentar una recapitulación y un ensayo sobre su vida y obra (no estrictamente una biografía al uso, cosa que, limitada a las circunstancias más externas, a la mera anecdótica, a él le habría repugnado).

Sus primeros poemas, inéditos, son de 1936 (según él en carta a Carlos Edmundo de Ory de 6 de octubre de 1970, pero de 1937 según otras fuentes), y desde que en 1943 da a la imprenta sus dos primeros poemarios escritos hasta 1972 (fecha del último) su evolución poética hace de su obra, como señala Leopoldo Azancot, una de las voces más personales de nuestra literatura porque si hay autores de poemas más perfectos y pulcros nadie lo igualó en lo proteico, siempre mutando, reencarnándose. Siempre tuvo conciencia Cirlot de la necesidad del

cambio, de introducir novedades en el estilo, de mudar de piel expresiva. En una carta de 7 de enero de 1946 a Ory, escribe: «Ah, sí, te debo un secreto. Estoy dando un cambio. Me he impuesto una evolución. Estaba contento con mi estilo, ¿sabes? Y eso no puede ser. Había encontrado (creo) una técnica y un lenguaje (y tal vez un temario) y eso no podía ser». En su poesía no sirven los esquemas cartesianos: nos encontramos ante una poesía visionaria que linda a partes iguales con el último surrealismo y las vanguardias, sin caer en ninguno de ellos, los cuales son sólo punto de arranque para su genial hallazgo: la poesía permutatoria y otras experimentaciones que desembocan en el *ciclo Bronwyn*, cima de su carrera artística y cúspide que queda muy por encima de la mera literatura.

En efecto, *Bronwyn* es otra cosa. Es un largo poema místico de raíz erótica, necesariamente fragmentario, que fue creciendo en sucesivas ediciones. Se ha dicho muchas veces que los verdaderos poetas están siempre escribiendo el mismo poema. Así, Cirlot, pero de maneras distintas. Observa José Olivio Jiménez en el prólogo a la poesía completa de Antonio Colinas que el poema extenso es «un tipo de composición cuya historia no es muy abundante en la moderna lírica hispánica». Sin embargo, ahí están junto al vasto *Bronwyn* la formidable *Elegía sumeria*, densísima de símbolos, y el más breve pero magnífico y también largo *Susan Lenox*, que es la actualización en el ahora del poeta del eterno femenino que era Siduri en el *Poema de Gilgamesh*.

Bronwyn, una doncella céltica de la Edad Oscura, es para cualquier mortal simplemente el personaje de una película: *El señor de la guerra*. Vista por Cirlot es, sin embargo, la encarnación visible de la mujer primordial. Pero lo es del *anima*, de la *Shekina* hebrea, y de tanto simultáneamente que no se limita a una única tradición: lo mismo la llama Eva rediviva que un avatar de la Gran Diosa (esa a la que Robert Graves consagró *La diosa blanca*). Y desde ese momento su poesía es *quête*, una búsqueda de ella lo mismo que en la Edad Media se buscaba el Grial. Bronwyn no es alegoría de nada; es una visión, un símbolo, y Cirlot, reconocido experto internacional en la materia, sabe de la riqueza irreductible de los símbolos frente a la

un tanto grosera pintura de brocha gorda de la alegoría, que suele venir con un andamiaje ideológico que, tubos o barrotes, se asemeja demasiado a una jaula. Como ha dicho Octavio Paz, «el símbolo opera en dirección opuesta a la alegoría», y mientras esta es algo deliberadamente artificioso el símbolo se impone, no es patrimonio del individuo. Precisamente por eso se produce el fogonazo en el lector, la sacudida en su equilibrio: se despierta el subconsciente colectivo. Nos habla de algo que no sabíamos que sabíamos.

Ya desde sus primeros poemas, antes incluso de contactar con el musicólogo y simbólogo Marius Schneider o formar parte del grupo Dau al Set, antes de que Carlos Edmundo de Ory lanzase el manifiesto del Postismo (1945), Cirlot ya es él mismo, ya está en su poesía la impronta visionaria y metafísica que se mantendrá, eso sí, agudizándose, hasta el fin. Adentrarse en el simbolismo tradicional es un viaje para el que no hay retorno. No se puede mirar el mundo de igual manera una vez que se ha empezado a vislumbrar la otra realidad, o el «no mundo», en expresión de Cirlot. Es imposible que no cambie la percepción de un hombre que como él ha leído a Guénon, a Evola, a Coomaraswamy. Notable es en particular el paralelismo con Julius Evola, que en sus primeros años se vio también atraído por el arte de vanguardia y el dadá. Cirlot, historiador y crítico de arte, y defensor del arte abstracto, como Evola simpatizó con la corriente esotérica del fascismo, llegando a colaborar esporádicamente en la revista prohitleriana *CEDADE* y demandar la libertad para Rudolf Hess, hechos que hoy pueden parecer réprobos pero que no disuenan en un poeta –como Gottfried Benn, como Robert Brasillach, también cinéfilo como él– maldito y heterodoxo hasta la médula. Pero de aquí no se sigue un fácil encasillamiento. Su apología de la abstracción (que lo distingue de los fascistas y nazis) la sintetizó en una respuesta a una entrevista que le publicaron en *La Vanguardia* en 1969. Ante la pregunta de si defiende el arte abstracto porque está fuera de la realidad o bien porque es producto de nuestra (aquella) época, contesta: «Defiendo el arte abstracto por su nihilismo. Es decir, más que estar fuera de la realidad, a mi juicio desprecia la imagen de la realidad actual; por esto le doy mi adhesión».

Sus intereses y sus profundos, sorprendentes conocimientos, abarcaron numerosos campos: arquitectura, escultura, pintura, música, poesía, simbolismo... Con todo, Cirlot no fue un humanista, y menos «un hombre del Renacimiento». En todo caso, habría que ir más atrás. Como un verso de Borges, fue «una espada con runas». Sacudida a menudo por epifanías, es cierto, pero también por lo que podríamos llamar *hipofanías*, apariciones de lo bajo, de lo abisal, del sustrato que no es creación sino destrucción.

En lo formal, destaca la riqueza sin par de su obra (sonetos, largos poemas en alejandrinos, poemas visuales, aliterativos...). Una riqueza en la que coincidió con muchos de los jóvenes poetas que comenzaban a publicar a fines de los años sesenta, con el experimentalismo de bastantes de ellos. Pero con ser importante la innovación de los Novísimos y aledaños, esta palidece a la vista de ciertos poemas suyos. Algo tienen que ver con él el poema «Sacramento» de Félix de Azúa (poema circular como muchos de Cirlot) o el poema «La presa del lago», también de Félix de Azúa. Igualmente nos recuerdan a él composiciones de José-Miguel Ullán, como su poema visual y aliterativo «Verso armado». Pero Cirlot, antes que ellos, llegó más lejos porque llegó más hondo.

Clara Janés ha escrito: «La poesía de Juan Eduardo Cirlot es un fenómeno tan excepcional dentro de la literatura española del siglo XX, y presenta un espectro tan amplio que la hace en extremo interesante, no sólo por sí misma, sino por el arco que traza, verdadera encarnación del que traza el arte de nuestros días, pues, partiendo de los movimientos de vanguardia, salta a un más allá, el mundo imaginal, verdadero manantial de aguas renovadoras». Poeta que no se exilió ni vivió en el llamado exilio *interior*, por razones de ese mirar siempre al pasado, a estratos predecesores de lo que él era y de los que no llegó a desprenderse nunca, se puede hablar en su caso no de un exilio interior sino *anterior*: al tiempo de Egipto, de Cartago, del siglo XI de Bronwyn. Sí, su tiempo es el «futuro anterior». Julio Cortázar dejó escrito algo que pudo haber sido suscrito por Cirlot: «...es ese tiempo de ustedes, de ahora; pero yo sé que hay otro». Aunque durante algunos años de su etapa final pudo disponer de una

tribuna frecuente en un periódico de gran difusión como *La Vanguardia*, o precisamente por eso (por las opiniones allí vertidas), Cirlot fue arrinconado, ninguneado, despreciado por unos y por otros, que no le perdonaron su diferencia, que lo condenaron al ostracismo. Sus cosas –son palabras suyas– «no pueden ser entendidas ni aprobadas por nadie y menos en Barcelona, la ciudad del humo y de la inquisición». Como escribió Edmond Jabès, *la singularité est subversive*. Debelador de moldes, tijera de marbetes, motosierra de tantas etiquetas y prejuicios, que él deja astillados como nadie, ahora empieza a concedérsele a Cirlot la importancia que sin duda tiene, pero aún se ve lejano el día en que se le reconozca como lo que sin duda es: si no uno de los tres o cuatro mejores poetas españoles del siglo XX, porque la calidad, así atribuida, se mide por valores reconocibles por casi todos y mensurables, uno de los más importantes, innovadores, atrayentes y profundos.